

Tal es el pensamiento en que descansa la política de JAIME BALMES: se esfuerza en restaurar en España la monarquía con su antiguo brillo; no obstante por la mediación de córtes sabiamente compuestas, asocia la nación á las grandes revoluciones que importan á la suerte de la patria. Durante una série de tres años la mayor parte de los intereses de la sociedad española, evocados por los acontecimientos, por las discusiones de las córtes, han sido en *El Pensamiento de la Nación* el objeto de estudios profundos, llevados constantemente á una conclusion práctica. Al recorrer las páginas de esta coleccion, se ven alternativamente las constituciones diversas ensayadas en España, las condiciones de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia en este pais; la controversia de las propiedades eclesiásticas; el concordato con Roma, las alianzas con el extranjero, principalmente con Francia é Inglaterra; en fin, la cuestion del matrimonio de la Reina, zanjada de una manera tan funesta para la diplomacia.

## XVII.

La influencia producida por el *Pensamiento de la Nación* ha sido grande. Los instintos mas pro-

fundos del genio español, las tradiciones mas caras, las costumbres á la vez mas inveteradas y mas saludables estaban por el partido de BALMES. Intérprete de un sentimiento esparcido por doquier despertaba en los corazones y en los ánimos, afecciones ó convicciones que para revivir no esperaban sino una palabra de escitacion. En poco tiempo se hizo el guia, el moderador, el oráculo de este inmenso partido religioso y monárquico que, á decir verdad, compone casi toda España. Dos especies de enemigos rechazaban y combatian su influencia: el partido *progresista* y las filas inferiores del partido *moderado*. Despues de la caída de Espartero los progresistas se hallaban demasiado débiles y desacreditados para oponer por sí mismos una resistencia suficiente; pero los *moderados* eran adversarios temibles, y su conducta con respecto á BALMES es digna de atencion.

Segun ya hemos insinuado, este partido se divide en capas sobrepuestas unas á otras. La grandeza, las antiguas y altas fortunas, comprometidas en la revolucion desde la muerte de Fernando VII, formaron poco á poco un campo bastante distinto, contado siempre entre las fuerzas fieles á la dignidad real, aunque dispuesto á medidas de transacion. En este campo halló BALMES protectores. Todo el resto del partido *moderado* podia asimilarse á esta grande y ambiciosa clase me-

dia que hizo en Francia la revolucion de julio y sostenia la corona en la casa de Orleans; acá y allá de los Pirineos habia los mismos intereses, las mismas pasiones, la misma dureza, las mismas ilusiones. Los pensamientos de BALMES eran doblemente odiosos á este partido, porque llamaban á los carlistas á la participacion de la influencia y de los honores y porque cerraban la puerta á la revolucion: lo cual era un aplazamiento indefinido opuesto á muchas pretensiones y á muchas ambiciones indiscretas ó inicuas. Se habia derramado en provecho de la revolucion, no precisamente gotas de sangre, sino oleadas de tinta. Se aborrecia el premio de ella. Los caracteres elevados, los talentos superiores que se habian dado á conocer en el partido moderado, no compartian con respecto á las ideas de BALMES esa enemistad inquieta; las filas inferiores del partido eran enteramente ciegas. Acaso se recordará que en el verano de 1834 á consecuencia de una de aquellas revoluciones ministeriales que eliminaban mas cada dia á los hombres y á los principios del partido progresista, el Sr. Marqués de Viluma, entonces embajador en Inglaterra, fue llamado para entrar en un ministerio formado bajo los auspicios del general Narvaez. La joven Reina y su corte estaban en Barcelona á donde se dirigió el Sr. Marqués de Viluma. Antes de aceptar la cartera que se le ofrecia, quiso ponerse

de acuerdo con sus colegas acerca de las condiciones de un programa. Sus proposiciones eran atrevidas y absolutas: era verdaderamente un plan de contra-revolucion.

Precisamente el Marqués de Viluma era uno de esos individuos de la aristocracia que habian tendido la mano á JAIME BALMES. Desinteresado, franco, valeroso no aceptaba una parte del poder, sino con la condicion de emplearle inmediatamente en provecho de sus convicciones. Elevándose sobre la legalidad revolucionaria, realizaba directamente por autoridad de la corona todas las reformas del Estado. Se suspendia la venta de los bienes eclesiásticos: la Iglesia volvía á entrar en posesion de sus dominios todavia no enagenados: debia negociarse francamente con Roma un concordato: todo, en fin, se disponia para una reconciliacion solemne durante la adolescencia de la Reina.

Si hemos de creer á nuestras noticias, este plan del Marqués de Viluma sedujo al general Narvaez: empero se levantó una resistencia apasionada por parte de ciertas clases de los moderados. Se trató de conciliacion, se echó mano de artificios y entró el miedo. El Sr. Viluma no suscribia á términos medios y se retiró; por tanto desde aquel dia ha sido tenido como el principal hombre de Estado de la opinion que tuvo á BALMES por doctor.

Lo que justifica á la vez los consejos de JAIME BALMES y los proyectos del Marqués de Viluma, es que el programa propuesto por este y rechazado desde un principio en Barcelona, fue luego despues ejecutado en detalle por el general Narvaez y por los diferentes gabinetes formados en el partido moderado. Se refundió la constitucion de 1837 suprimiendo hasta cierto punto el elemento revolucionario. Las córtes fueron á la verdad, llamadas á consumir esta obra de eliminacion; pero estando al corriente de la historia parlamentaria de España, se sabe que el papel de las córtes en estas circunstancias fue puramente pasivo. La reconciliacion con Roma se ha hecho poco mas ó menos sobre las bases que indicaba BALMES: solamente que se ha hecho tarde, de mala voluntad y despues que vinieron á agravar las angustias de la Iglesia nuevos desastres y el transcurso de los años. Asi, pues, el mismo partido moderado, al paso que injuriaba á BALMES que se mantenía firme contra la generalizacion de su fama, realizaba la mayor parte de los planes que este habia trazado.

## XIX.

*El Pensamiento de la Nacion* seguía su marcha con una firme tranquilidad. Jamás salió de él una injuria, ni una personalidad, ni una ofensa á la

suspicaaz delicadeza de las leyes. La edad de la Reina llamaba la atencion de toda Europa sobre la cuestion de su matrimonio; BALMES propuso é hizo valer con todos los recursos de su talento, la candidatura del hijo primogénito de D. Carlos. Esta union entre las dos ramas de la familia real era el punto culminante del sistema elaborado por JAIME BALMES. Era la reconciliacion del pasado y del porvenir, de la autoridad y de la libertad, de la monarquía y de las formas representativas. Esta union, por mas que fuese dirigida con poca habilidad, anonadaba la antimonía sobrevenida entre el antiguo derecho de herencia femenina y el que fue introducido por Felipe V. Una vez consumado el matrimonio, esta cuestion delicada se hacia el objeto de una deliberacion nacional. Todos los actos contradictorios de las diferentes cortes se revisaban; las pretensiones de varias cortes extranjeras y la letra ambigua de diversos tratados, se sometian á negociaciones extranjeras. Mientras tanto, la España recobraba una paz olvidada habia cincuenta años.

Bajo el punto de vista de la utilidad en lo interior, ningun entendimiento de alta penetracion podia combatir con seriedad aquel matrimonio. Con la mira de un interés mas ó menos real de libertad se habian opuesto al triunfo armado del partido carlista: el dia en que este partido al estrechar la mano que se le ofrecia, aceptase

y diese un perdon, el interés de la libertad habia acabado de vencer con tanta mas seguridad cuanto que caian todas sus armas contrarias. A fin de quitar la última sospecha, D. Carlos habia abdicado; y su hijo despojándose del emblema de sus pretensiones, tomaba el título de Conde de Montemolin; no era ya el *Príncipe de Asturias*, esto es, el heredero inmediato de la corona. Segun que eran considerados sus derechos, ora como Rey, ora como simple Infante de España, consentia en llevar un nombre que disimulaba todo carácter de dignidad real.

JAIME BALMES tuvo la mas alta influencia en este acto de abdicacion de don Carlos y en el lenguaje adoptado por el Conde de Montemolin. Se recordará que el manifiesto publicado por este Príncipe, contenia bajo fórmulas prudentes un compromiso por las doctrinas de la libertad. Todo este documento está redactado con tacto, dignidad y grandeza, y parece cierto que recibió de la pluma de BALMES su última correccion; tiene la fecha de 23 de mayo de 1845. BALMES se hallaba en Francia habia algunos meses y pasó el estío de aquel año en París y en Bélgica (1). En cuanto á las ventajas

(1) En las negociaciones en que tomó parte, guardó una reserva estrema que juzgaba conveniente á la independenciam como escritor y á la consideracion como eclesiástico. El mismo manifestó su regla de conducta en estas pocas palabras: «Hasta en los negocios secretos observo una regla muy sencilla; no hacer jamás lo que no pueda sostener públicamente, si la indiscrecion llega á revelarlo ó si la malignidad lo divulga.»

que presentaba esta union para reponer á la España en sus relaciones mas útiles con las otras potencias, es singular que los hombres de Estado de Madrid no las hayan comprendido; ó si esto último ha sucedido, es mas singular todavia que hayan hecho tan poco caso. Por la estension de su territorio, por las cualidades de su carácter y de su génio, la nacion española tiene derecho de colocarse para con el resto del mundo en una independenciam no solo nominal, sino real. Al advenimiento de Felipe V, la Europa entera y el mismo Luis XIV, habian reconocido aquel derecho. Los tratados que pusieron fin á las guerras de sucesion, obligaron á la nueva dinastía de España á adherirse sin escusa al pueblo que la habia llamado. Por su magnanimidad Felipe V naturalizó su raza en el suelo español. El nuevo derecho de herencia tomado de la costumbre Sálica, tendia á defender á España mas sólidamente que nunca contra las influencias del extranjero (1). Esta obra de la independenciam de la Península se veia de repente en peligro por el cambio de la herencia femenina. Con motivo del casamiento de la Reina, la Inglaterra volvió á adquirir en España esperanzas que le parecian perdidas por el principio Sálico. Coincidiendo la revolucion de julio con la intriga que cambiaba en Ma-

(1) Reservamos para la segunda parte de nuestro libro un exámen del principio de la *sucesion real* en España. Balmes ha tocado este punto con una consideracion estremada. Esta cuestion tendrá aun lugar en el análisis de sus *Escritos políticos*.

drid el derecho de sucesion real, habia quitado al proyecto de Luis XIV su último apoyo. Impotente para sostener con franqueza nuestras verdaderas tradiciones, la reciente monarquía francesa trataba de continuarlas por la astucia. De aqui en las antecámaras del palacio de Madrid una lucha estéril entre nuestra diplomacia y la de Inglaterra, lucha que escitaba en el pueblo español el sentimiento de su orgullo nacional y desacreditaba cada vez mas nuestra amistad.

Llamar al trono de España, en la persona del Conde Montemolin, la línea masculina de Felipe V, era destruir las esperanzas que abrigaba la Inglaterra por efecto del cambio de la herencia real, y era al mismo tiempo herir con un golpe humillante las pretensiones de la casa de Orleans. Los estados del centro y norte de Europa no hubieran dejado de aplaudir, contentos con las nuevas prendas de seguridad que hubiera dado esta conciliacion al principio monárquico (1).

España volvía á entrar de este modo, con relacion á toda Europa en una actitud tan ventajosa para su independenciam, como lisongera para su amor propio.

JAIME BALMES esponia estas ventajas bajo un pun-

(1) La misma Francia no hubiera tardado en perdonar, porque sus intereses permanentes demasiado distintos de los de la casa de Orleans, se hallaban de acuerdo en el fondo con los intereses de España. Se hallarán sobre esta materia en la segunda parte de esta obra, consideraciones mas estensas.

to de vista puramente español, y se dedicaba á desacreditar las candidaturas presentadas por el gabinete de las Tullerías. Nada mas fácil que enardecer el orgullo nacional contra estas pretensiones tan antipáticas al gusto de España, como poco acordes con sus intereses. El periodista desplegaba un cuadro singularmente exacto de las enfermedades que habia contraído la Francia confiándose á la dinastía de Orleans; su pluma profética describía de antemano los desastres que el espíritu revolucionario sostenido por nuestras instituciones iba á hacer estallar sobre nuestro pais; pedía á su patria que evitase toda mancomunidad con un trono vacilante, toda relacion demasiado estrecha con una nacion corroida por un mal formidable y contagioso.

## XX.

En esta lucha el *Pensamiento de la Nacion* contaba con el apoyo de una parte considerable de España. Las masas populares en la mayor parte de las provincias y en las ciudades conservaban y conservan aun actualmente una simpatía no dudosa por la causa carlista. Si causa estrañeza que no haya triunfado esta á pesar de verse sostenida con tal asentimiento, es porque esas masas populares

en España, como en cualquier parte, se someten al yugo de la habilidad, del valor ó de la audacia, que están habitualmente al servicio de las clases instruidas de la sociedad. La multitud en España es amiga del poder monárquico y absoluto, y sin embargo, no es una razon para que este poder triunfe. En España como fuera de ella, entendida la democracia bajo la forma moderna, es una ficcion.

El partido carlista representado por sus gefes, alentaba y secundaba á BALMES. A recibir de un jóven escritor consejos, direccion, doctrinas, este partido daba un raro egeemplo de docilidad y abnegacion. La autoridad del carácter, del carácter sacerdotal y la fama de la adhesion de BALMES por los intereses de la Iglesia, obtenian esta obediencia. Se veia á una multitud de hombres acostumbrados á los horrores de la guerra, solicitados por la venganza y enconados por la desgracia, templarse con la palabra de un hombre desconocido de todos ellos, para lo cual bastaba que esta palabra estuviese impregnada de un acento sincero de catolicismo.

Con la misma fuerza que dimanaba de un origen sagrado, BALMES hizo triunfar el deseo de la reconciliacion en el ánimo de un número infinito de partidarios de Isabel. No solamente el *Pensamiento de la Nacion* hallaba apoyo y brillante auxilio, sino que un nuevo periódico, el *Conciliador*,

creado bajo la inspiracion de BALMES, se hizo el órgano de una jóven escuela de escritores sustraídos felizmente por la eficacia de la fé á las influencias que esterilizaban toda pluma en España. Yo he tenido el honor, aunque extranjero, de ser desde lejos el colaborador de esta publicacion, que fué fundada en la primavera de 1845, con la mira de sostener por medio de una hoja diaria, los esfuerzos de la semanal redactada por BALMES. Nada mas elevado, mas liberal ni mas noblemente patriótico y cristiano que el espíritu del *Conciliador*, cuyo director era D. José María Cuadrado, quien nos ha favorecido en esta empresa con algunos trabajos interesantes.

Entre los hombres de Estado que en esta época tenian mas crédito para con el partido moderado, varios manifestaban altamente su preferencia por candidato del partido de BALMES: nombres considerados y célebres con justicia y que podrian citarse aqui. «No existe para nosotros, me decia uno de estos personajes, mas que un medio de salvacion y este es el casamiento de Isabel con el hijo primogénito de D. Carlos.

«¡BALMES! me decia otro, ¡qué lástima que este hombre no tenga un sable á su lado! él nos salvaria: es el único entendimiento que vé claro en nuestros peligros y el único valiente que se atreveria á arrostrarlos.»

He observado que la cualidad de eclesiástico hu-

milde y desinteresado era probablemente lo que daba á JAIME BALMES tanta luz y tanta valentía. Si hubiera sido general de ejército, diplomático, publicista comprometido en los senderos de la ambición y de la vanidad ¿hubiera prestado otros servicios mas que los de una adhesión vulgar? Como eclesiástico y doctor ejercía en provecho de su patria una especie de ministerio semejante al de los antiguos profetas de Israel. A otros pertenecía el deber de escucharle, de comprenderle y de obedecerle.

## XXI.

Conviene examinar ahora cuál fué el papel que desempeñó el gabinete francés en este punto. Para nosotros es indudable que el matrimonio de la Reina de España fué decidido en último término por este gabinete. Uno de los ministros, M. de Salvandy, se hubiera inclinado ciertamente hácia el Conde de Montemolin. Fuera del gobierno el Conde de Molé no ha recelado decir: «Esta combinación es mi sueño, es mi proyecto de predilección.» Pero otro era el pensamiento que dominaba á la política de Francia. En vano, el gabinete francés, para desentenderse de la candidatura del Conde de Montemolin, pretestó que los amigos de este Príncipe hacían alarde de preten-

siones inadmisibles: en vano alegó que el partido de la grandeza, especialmente el Sr. Marqués de Viluma, se había declarado hostil á estas pretensiones y hecho desde entonces responsable de la decisión tomada en favor de otro candidato. La menor penetración basta para desvanecer estos pretestos. A fin de cubrir su propia responsabilidad, el gabinete de las Tullerías trató de establecer que la Reina María Cristina y el gobierno español le dirigieran en esta ocasión: no se puede, según nosotros, contestar que la misma *voluntad conocida* que ha casado la Reina Isabel con el Infante D. Francisco de Asís, hubiera podido del mismo modo unirla con el hijo primogénito de D. Carlos. Sin duda alguna que las pretensiones de los carlistas y las convicciones de los grandes de España se pondrían muy luego de acuerdo: todos hubieran aceptado la fórmula por la cual reconciliaba BALMES los diversos derechos. Hasta las amenazas del partido progresista, al que se afectaba temer, no hubieran parecido mas terribles de lo que son en realidad delante de la espada del general Narvaez.

Pero la política que regia soberanamente nuestro destino se había propuesto otro fin. En primer lugar pretendía á toda costa asegurar al señor Duque de Montpensier la mano de la Infanta de España. En segundo lugar, quería alejar esta sombra de restauración que el cetro del hijo de don

Cárlos, podría hacer aparecer en la cumbre de los Pirineos. ¡Habilidad estéril! ¿se conjuró algun peligro, se reconquistó alguna influencia por las brillantes bodas del 10 de octubre de 1846? ¿La Inglaterra, humillada por un instante, no ha sido vengada bien pronto? La Francia que creía volver á hablar la política de Luis XIV, no aplaudía sino á un simulacro de esta política.

## XXII.

La noticia del doble casamiento sorprendió á JAIME BALMES que se hallaba de recreo en las montañas de su país (1). Esta combinacion lleva á sus ojos visiblemente el sello de una intriga francesa. Sin titubear se hace órgano de una resistencia apoyada en el sentimiento del orgullo nacional: y con la pluma en la mano protesta con una viva indignacion. Sus amigos que dirigen en su memoria el *Pensamiento de la Nacion* (2), se inquietan por la vehemencia de su lenguaje. No se imprime el primer artículo que envía; por lo cual se irrita desde luego y despues perdona. Hé aqui un

(1) Algunas semanas antes, las columnas de un diario moderado de Madrid habia ido á perseguirle á aquel asilo: el escritor respondió victoriosamente redactando su propia biografía.

(2) D. B. García de los Santos, D. F. Isla Fernandez y el Marqués de Viluma.

pasage de este escrito suprimido (1): «Cosa triste de pensar! La familia real de España cuenta siete Príncipes: uno solo estará en relaciones cordiales con la corte, los seis restantes están desterrados. ¿Es esto política? ¿Es esto amar la sangre de los Reyes? ¿Qué dirían Fernando VII y los augustos antecesores de la Reina si se levantasen del sepulcro?....

»Si es verdad que la cuestion del casamiento de la Reina no podía ser puramente española, ¿quién no vé á lo menos la ventaja de contrabalancear la influencia francesa por la del resto de Europa! Pero no, en esto como en todo era preciso quedar aislados! Para nuestra diplomacia no existe en el mundo mas que un país, la Francia..... Por lo demas este apoyo dado al Infante D. Francisco por la Francia, (digo mal, por el gabinete de las Tullerías) ¿tiene un pensamiento constante, meditado mucho tiempo y profundamente? Recordemos los hechos: en 1839 la Francia se inclina á un hijo de D. Cárlos: en 1842 se vé la misma disposicion: en 43, 44 y 45, protege ya al Conde de Trápani. Despues demuestra sus simpatías á favor del Conde de Montemolin. En fin, esta diplomacia caprichosa agotada de fatiga viene á postrarse á los pies del Infante D. Francisco.

(1) Se afirma que se dió orden de encerrar á Jaime Balmes en la Ciudadela de Barcelona, si con la novedad del casamiento de la Reina, aparecía en Cataluña una sola partida carlista.